

CONVIER

CONFERENCIA VENEZOLANA
DE RELIGIOSAS Y
RELIGIOSOS

*La espiritualidad como modo
profundo de ser personas*

ENERO
ABRIL

2013

Nº 1

Le pedí a Dios poder para ser amado y me he encontrado con el amor para no necesitar ser poderoso.

Le pedí a Dios la salud para hacer grandes cosas y me he encontrado con la enfermedad para hacerme grande.

Le pedí la riqueza para ser feliz y me he encontrado con la felicidad para poder vivir la pobreza.

Le pedí a Dios leyes para dominar a los otros y me he encontrado con la libertad para liberarlos.

Le pedí a Dios admiradores para estar rodeado de gente y me he encontrado amigos para no estar solo.

Le pedí a Dios ideas para convencer y me he encontrado espacio para convivir.

Le pedí dinero para comprar cosas y me he encontrado personas para compartir mi dinero.

Le pedí milagros para creer y él me ha dado fe para hacer milagros.

Le pedí una religión para ganarme el cielo y él sólo me ha dado su Hijo para acompañarme por la tierra.

Le pedí todo para gozar en la vida y él me ha dado la vida para que goce de todo.

Le pedí ser un dios y él sólo pudo hacerme un hombre.

CONVER

Conferencia Venezolana de
Religiosas y Religiosos

Año 15 - Nº 1
Enero – Abril 2013

DIRECTIVA DE CONVER

Hno.

Presidente

P. Gerardo Castillo

Vice Presidente

Hna. Judy Mora Castillo

Vocales

Hna. Yolanda Zambrano
Hna. María Rosa Castellanos
P. Arturo Peraza
P. José Antonio Sabino

Suplentes

P. Francisco Javier Tello
P. Francisco Solás
Hna. Tania Mercedes López
Hna. Ana Mariella Marcano

Secretaria General

Hna. Elayne Catarí

Administrador

Lic. María Elena Ríos

Sede

6ª Transversal. Entre 3ª y 4ª
Avenidas. P. B. Altamira.
Teléfonos:
(0212) 2617015 (0212) 2665895
Fax: (0212) 2617015 ext. 109

Email:

conversec@gmail.com
sec.conver1@gmail.com

Página web:

www.conver.org.ve

Caracas 1060 - A -
VENEZUELA

PRESENTACIÓN

El Plan Global de la CLAR, en su “HORIZONTE INSPIRADOR”, nos invita a escuchar a Dios “donde la vida clama”.

En su segundo bloque, el documento nos lleva a encontrarnos con moradores de la casa de “Betania”:

Jesús - Marta - Lázaro - María

Nos propone el servicio y la escucha y Lázaro nos deja entrever la duda existencial, la sobrevivencia. Nos lleva a preguntarnos hasta dónde la Vida Consagrada estará dormida, enferma o muerta?

La comunidad ayuda a Lázaro a quitarse las vendas. ¿Cuáles son las vendas que tenemos que quitarnos, para poder ver y caminar libremente? ¿Cómo poder humanizar a la Vida Religiosa?

Centrar la vida en la espiritualidad, en Jesús. El Espíritu nos impulsa a volver a Galilea, donde todo comenzó. Nos ofrece la sabiduría de distinguir lo esencial de lo accesorio. Nos remite a Jesús, Señor de la Historia. En este camino, nos vamos humanizando, nuestra vida tiene sentido y da sentido a la vida de los que nos rodean como testigos y anunciadores del Reino.

Desde una espiritualidad que se nutre en la mística del silencio en la oración compartida y en la vivencia de la comunidad aceptando la diversidad del Espíritu estamos llamadas a percibir, como Marta y María los espacios donde falta Jesús donde debiéramos anticiparnos para que la vida no muera antes de tiempo, para no perder la relación de hermandad.

En comunidad escuchamos la Palabra, en comunidad discernimos su voluntad, en comunidad recreamos cada día las relaciones de familia de los hijos de Dios.

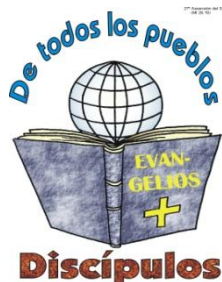
CONTENIDO

Horizonte Inspirador de la VC.....	01
La espiritualidad recrea la VR.....	07
La defensa de la vida	13
Desafíos en la diversidad.....	17

**Betania casa de encuentro,
comunidad de amor y corazón de humanidad.**

“HORIZONTE INSPIRADOR DE LA VIDA CONSAGRADA EN AMÉRICA LATINA”

CLAR – 2012 - 2015



- Hemos construido la casa de la Palabra, la Iglesia y nuestras comunidades, “hacia una vida religiosa místico-profética al servicio de la vida”.
- Hemos oído la voz de la Palabra, en la creación, la historia y la realidad, porque “escuchamos a Dios donde la vida clama”

1.- EL CONTENIDO

ACOGIDA AL EVANGELIO COMO NORMA DE VIDA

LOS SENDEROS
RECORRIDOS.- Los 50 años de la CLAR, DE LA Vida Consagrada de América Latina y el Caribe ha hecho memoria y profecía para volver a sus raíces y para proyectarse en los tiempos que cambian, han girado siempre en torno a la Palabra de Dios que iluminó a nuestras fundadora y fundadores con la nueva luz de sus carismas.

- Desde esta acogida la Evangelio como norma de vida hemos recorrido varios senderos:
- Hemos reconocido el rostro de la Palabra en Jesucristo y en los pobres, y lo hemos intentado transparentar en nuestra “pasión por Cristo y por la humanidad”.
- Hemos recorrido los caminos misioneros de la Palabra por “el camino de Emaús”.

Ahora queremos vibrar y amar con el corazón de la Palabra, desde “la casa- comunidad de Betania”.

50 AÑOS DEL CONCILIO-HISTORIA DE LA CLAR.

Los 50 años del Concilio, en América Latina y el Caribe coinciden de hecho con la historia de la CLAR que inspirada en esta gracia del Espíritu, ha intentado edificar la Iglesia de los pobres que quiso Juan XXIII y la Iglesia Pueblo de Dios que propuso la Lumen Gentium.

LOS NUEVOS ESCENARIOS Y LOS SUJETOS EMERGENTES PRIORITARIOS

En este contexto, nuestra Vida Consagrada ha venido atravesando una etapa de crisis que nos ha ayudado a tomar conciencia de la presencia del Espíritu en los nuevos escenarios y en los sujetos emergentes de nuestra realidad, reforzando la convicción de la presencia de Jesucristo en las personas

empobrecidas y excluidas, y la certeza de que, a través de ellas, podemos escuchar y hacer voluntad del Padre.

Esto nos compromete consecuentemente con ellas y ellos para recrear la vida, en fidelidad al Reino, hasta el martirio.

Entre estos nuevos escenarios y sujetos emergentes, señalamos:

- La exclusión social.
- La depredación y las catástrofes naturales.
- La trata de personas.
- La corrupción y la impunidad.
- El círculo del narcotráfico.
- La injusticia y la inequidad.
- Las migraciones.
- La sensibilidad por el desarrollo humano sustentable.
- Los movimientos sociales y juveniles.
- La cultura digital y las redes sociales.
- La voz de las mujeres y de las nuevas generaciones.
- La participación democrática.
- La religiosidad popular.
- El cambio epocal y la secularización.

2.- EL MARCO BÍBLICO-TEOLÓGICO.

El horizonte inspirador del trienio 2012 – 2015 asume el icono de **Betania**, como casa de encuentro, comunidad de amor y corazón de humanidad. De allí se desprenden **cinco ejes teológicos**, a modo de claves de lectura para profundizar durante estos tres años para anunciar la Buena Nueva.

Este marco, a su vez, inspira **seis convicciones** que la CLAR ha ido decantando en su reflexión y en su servicio, con relación a la Palabra de Dios, la escucha, la ciudadanía teológica de los pobres, el continente de América Latina y el Caribe, una Vida Consagrada nueva y sus 50 años de memoria y profecía.

Invitadas
con Jesús
Maestro,
a ser más
humanos
y más
próximos.

HORIZONTE INSPIRADOR

Betania, casa de encuentro, comunidad de amor y corazón de humanidad (Jn 11-12; Lc 10)

Invitados a entrar en Betania.-

El momento de la vida religiosa inserta en América Latina y el Caribe nos interpela cada vez más, ya sea *ad intra* como *ad extra*, con evidencias de muerte que claman por señales de vida. Estamos invitadas e invitados a entrar en Betania: casa de encuentro, comunidad de amor y corazón de humanidad:

- **Con Jesús maestro**, a hacernos más humanos/as y prójimos/as (Jn 11,4-5. 33-36).
- **Con Marta**, a profesar la fe y a servir en la diaconía (Jn 11,27; Lc 10,38-42).
- **Con Lázaro**, a pasar de la muerte a la vida y a caminar en la libertad del Espíritu (Jn 11,1-44).
- **Con María**, a quebrar los frascos y a derramar el perfume de la escucha y del amor (Jn 12, 1-8; Lc 10,38-42).

Las protagonistas de esta casa/comunidad de Betania, son Marta y María. Aunque sean presentadas de modo muy diferente a los evangelios de Lucas y Juan, debido a los diferentes contextos de las comunidades, podemos leer los relatos conjuntamente. Encontramos a Marta como la diaconisa y coordinadora de la casa, y María como la mujer de la escucha que derrama el perfume del amor.

En la comunidad joánica, al final del primer siglo, aleteaba en el aire y en los corazones de los seguidores de Jesús una duda de fe existencial. No se trata solo de entender si existe la vida después de la muerte, sino de la sobrevivencia, del futuro de la comunidad que, en la figura de Lázaro, está muerta. Después de cuatro días ya huele mal. Por eso, en su introducción el relato describe ampliamente el escenario con preguntas sobre la enfermedad, el adormecimiento y, finalmente, la muerte de Lázaro. (Jn 11,1-16)

Esta misma duda podemos aplicarla a la Vida Consagrada en muchas situaciones hoy:

¿Será que estamos durmiendo?
¿Estamos enfermas o enfermos?
¿O decretamos nuestra muerte y ya comenzamos a deteriorarnos.

Dos mujeres de la comunidad de Betania, hermanas de Lázaro, perciben que el problema no es la pérdida del hermano, sino que, por el hecho de que la comunidad perdió a Jesús, el hermano murió. Perdieron la referencia común, o sea la visión referencial. Por eso van al encuentro de Jesús. Después de encontrarlo hacen el mismo lamento en forma exclamativa:

“¡Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto!”.

Creer que Jesús es el Cristo, el Señor.

Como portavoces, las dos hermanas expresan el clamor de la comunidad que se siente desorien-

tada delante de la crisis de tantas muertes y atribuyen eso a la ausencia de Jesús.

¿Cómo creer en la presencia viva, y actuante de Jesús durante el tiempo de su ausencia?

Es el desafío. Jesús lo formuló así:

“Yo soy la resurrección. Quien cree en mí, aunque muera, vivirá. ¿Crees esto?” (Jn 11,25-26)

La respuesta pronta e inmediata de Marta tiene como contenido la misma fórmula de fe de Pedro, el líder de la Iglesia apostólica:

“Sí, Señor, yo creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo”. (Jn 11,27)

La fe es un proceso que se concreta en el compromiso comunitario.

Cuando llega el momento de llamar a Lázaro fuera del sepulcro, ella duda. Este hecho muestra que la fe es un proceso que debe ser traducido en la práctica concreta del compromiso comunitario.

Para que el hermano vuelva a la vida, más allá de la presencia de Jesús y de su palabra: “Lázaro sal fuera”, es necesario también el involucrarse activo de la comunidad. La Palabra de Jesús que agradece al Padre y llama a Lázaro a salir afuera es una parte de la señal. La otra parte exige el involucrarse de la comunidad que debe participar en el “sacar la piedra”, desatar las vendas, para dejar a Lázaro caminar libremente.

Comunidad, reconstruida en el amor.

Al inicio del texto (Jn 11,1-2) ya se introduce una cena que hace memoria del gesto de la unción de María. Su narración solo será hecha en Jn 12. Son cenas contrastantes y complementarias que van construyendo la hora de Jesús. Por eso en oposición al mal olor (cap. 11), encontramos el perfume derramado por María, que impregna la casa entera (Jn 12,3). De la misma manera, avanzando en la lectura del evangelio, encontraremos el lavatorio de los pies de Jesús, como gesto de amor-poder-servicio (Jn 13,1-18), en simetría con el gesto de la mujer del perfume.

Con Marta, a profesar la fe y a servir en la diaconía.

Con Lázaro, a pasar de la muerte a la vida y caminar en la libertad del Espíritu.

Con María, a quebrar los frascos y a derramar el perfume de la escucha y del amor.

Aquí, en el centro del evangelio (Jn 12, 1-11), la comunidad, reconstruida en el amor, exhala el buen perfume que llena toda la casa. Prepara a Jesús para su hora. En un gesto simbólico de extremo amor, María unge a Jesús para su hora suprema.

La entrega de su propia vida no es apenas un gesto simbólico, sino un acto de amor comprometido hasta las últimas consecuencias. Muy revolucionaria, desde el punto de vista ético, es también la actitud de Jesús que permite que una mujer, María de Betania, perfumara su cuerpo, ungiéndole los pies y secándolos con sus cabellos (Jn 12,3).

Salir de las sepulturas y aminar libremente.

La Vida Consagrada está llamada a darse cuenta personal y comunitariamente de las “piedras” y de las “ataduras” que le impiden salir de las sepulturas y caminar libremente. Estamos llamados a percibir, como Marta y María, los espacios donde falta Jesús, donde deberíamos anticiparnos para que la vida no muera antes de tiempo, para no perder la relación de hermandad.

Finalmente, en la riqueza de imágenes y símbolos de este icono bíblico, la Vida Consagrada está llamada a renovar una clara opción por los pobres.

Muchas veces la mal interpretada afirmación de Jesús: “Pobres siempre tendrán con ustedes, pero a mí no siempre me tendrán” (Jn 12,8),

No es más que una confirmación de la opción por los pobres descrita y prescrita en el Antiguo Testamento (Dt 15, 7-11).

Una clave de lectura importante para la comunidad joánica es que el verdadero amor pasa por la opción por los pobres, que fue la opción de Jesús:

“Si alguno que posee bienes materiales y ve que su hermano está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede residir en él el amor de Dios?” (1 Jn 3,17)

Los ejes teológicos

Nuestro camino ha de seguir estos ejes teológicos:

- Desde la “realidad crucificada” hacia la creación transfigurada (cosmogénesis).
- Desde la humanidad herida y fragmentada hacia una “nueva humanidad” recreada desde la alianza de amor con Dios Padre-Madre. (antropogénesis).
- Desde la encarnación y el misterio pascual, por la acción del Espíritu-*Ruah* divina, a la plenitud de todas las cosas en Cristo. (cristogénesis).
- Desde la Iglesia Pueblo de Dios hacia la Iglesia de los pobres, comunidad de comunidades a imagen de la comunidad

trinitaria. (eclesiogénesis).

- Desde “donde estamos y como estamos” como Vida Consagrada hacia la generación de comunidades que sean seno materno de un nuevo modo de ser humanos. (vocaciogénesis).

Las convicciones

La Palabra de Dios es el eje transversal de la Vida Consagrada, el alma de su teología, su espiritualidad, su formación y su misión; ella nos lleva al encuentro personal con Jesucristo vivo.

La escucha auténtica permite acoger los clamores de la vida, en especial entre los pobres y las nuevas generaciones; es obedecer y actuar, hacer florecer en la vida la justicia y el amor, unir la Palabra de Dios y la vida, la fe y la rectitud, el culto y el compromiso social (cf. Mensaje final del Sínodo sobre *La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia*, 10).

Los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo. Ellos interpelan el núcleo del obrar de la Vida Consagrada y de nuestros compromisos cristianos.

Todo lo que tenga que ver con Cristo tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo (cf. DA 393).

De ahí que la contemplación de Jesucristo y el encuentro con Él en los pobres es dimensión constitutiva de nuestra fe y nuestra consagración (cf. DA 257).

La casa común: América Latina y el Caribe

América Latina y el Caribe, una y plural, es la casa común de nuestros pueblos, identificados por sus valores, su fe, sus dificultades y sus esperanzas. Nosotros contribuimos a asegurar su futuro a través de una integración que respete los caminos propios y globalice la solidaridad, reflejando la unidad y la diversidad de la comunidad trinitaria (cf. Documentos de Puebla, Santo Domingo, Aparecida).

Una Vida Consagrada nueva es posible

Una Vida Consagrada nueva es posible:

- Una vida que sea encarnación viva de la mística, la profecía y la esperanza.
- Una vida con un estilo de vida más minoritario pero más significativo y evangélico.
- Una vida con la presencia interpelante, activa y protagónica de las nuevas generaciones.
- Una vida impulsada por la dinámica de la intercongregacionalidad y la interculturalidad.

Una nueva forma de ser Iglesia

Durante estos 50 años de memoria y profecía de nuestra historia y de la apertura del Concilio Vaticano II, la CLAR contribuyó a configurar una nueva forma de ser Iglesia, de leer la Palabra y de estar en la historia, a la luz del seguimiento de Jesús de Nazaret y de su predicación del Reino.

PISTAS PARA ENRIQUECER EL MARCO BÍBLICOTEOLÓGICO, INTERIORIZARLO Y CONCRETARLO

¿Qué otros pasajes bíblicos iluminan la humanidad y la cercanía del Maestro, la profesión de fe y el servicio de Marta, el paso de la muerte a la vida de Lázaro, el perfume de amor y la escucha de María?

¿Qué elementos de nuestros carismas congregacionales dinamizan los ejes teológicos de la cosmogénesis, la antropogénesis, la cristogénesis, la eclesiogénesis, la vocaciogénesis?

¿De qué manera las convicciones del Plan Global pueden determinar nuestras opciones y nuestros compromisos?

A la escucha de Dios, donde la vida clama.

3.- LA PROYECCIÓN

A la escucha de Dios donde la vida clama, el contexto de nuestra historia y nuestra realidad, e iluminado por el marco bíblico-teológico, el Plan Global se proyecta con:

– Un objetivo general.

– Diez líneas de acción inspiradas en los cinco ejes orientadores de la XVIII Asamblea General.

– Cinco programas y proyectos que las concretizan.

De esta manera intenta coordinar la respuesta de esperanza profética de la Vida Consagrada del continente al Dios Padre-Madre, allí donde la vida es amenazada.

El objetivo general

Qué: Promover y acompañar comunidades nuevas de Vida Consagrada:

Centradas en la Palabra y el Espíritu.

Cimentadas en el encuentro personal y comunitario con Jesucristo vivo.

Abiertas a los escenarios prioritarios y a los sujetos emergentes de América Latina y el Caribe.

Cómo: Por medio de procesos de humanización, de actitudes de escucha y diálogo, y de dinámicas de comunión eclesial.

Para qué: Para el reencanto de la fe y la vocación, el compromiso con la Nueva Evangelización, la realización de la Iglesia de los pobres y la llegada del Reino.

Las líneas de acción

Este objetivo lo podremos lograr llevando a cabo estas líneas de acción:

- La integridad de la creación.
- La humanización de la Vida Consagrada como criterio de su reestructuración.
- El acercamiento a las nuevas pobrezas del continente: trata de personas, migración, injusticia, narcotráfico y violencia.
- El aprendizaje de las culturas ancestrales (indígenas y afroamericanos)
- La profecía del diálogo, la participación, la comunión, como testimonio *ad intra* y *ad extra* eclesial.
- La cultura vocacional de religiosas y religiosos de todas las generaciones.
- La participación activa y creativa de las nuevas generaciones en el caminar de la Vida Consagrada.
- El laicado y la intercongregacionalidad en los carismas.
- La cultura informática y las redes sociales.
- La regionalización de la CLAR.

Semilla de alternativas

Sentimos que es la hora de buscar alternativas a tantas alternativas ensayadas que no han sido generadoras de vida.

Apostamos por alternativas que giran alrededor de la indignación y creatividad de nuevas generaciones.

- Alternativas que entienden con compasión los nuevos rostros de la pobreza.
- Alternativas para vivir en armonía con la creación desde un aprendizaje humilde de la sabiduría de nuestras culturas ancestrales indígenas y afrocaribeñas que continuamente rompen nuestras nociones de tiempo y espacio.
- Alternativas que se empeñan en mantener y desarrollar el gran tesoro de la reflexión teológica desde una perspectiva interdisciplinaria como camino de acompañamiento espiritual hacia una fe cada vez más honda, más alegre, más libre y liberadora.

- Alternativas que revalidan la nueva profecía de la intercongregacionalidad como signo del rostro renovado de la Vida Religiosa en la aurora de un cambio de época.
- Alternativas que apuntan desde una visión de Iglesia como pueblo de Dios a una verdadera comunión eclesial, de respeto y colaboración mutua, entre religiosas, religiosos, obispos y laicos.

Buscar alternativas generadoras de vida.

Esta pequeña semilla de alternativas quiere llegar al lugar donde sabemos germinarán como signos impredecibles del Reino:

A nuestras comunidades, a nuestras Conferencias Nacionales y Regionales y a todas las instancias dinamizadoras de la CLAR.

XVIII Asamblea General de la CLAR
Mensaje final 9

LA ESPIRITUALIDAD RECREA LA VIDA RELIGIOSA

Aquilino Bocos Merino, cmf



LA ESPIRITUALIDAD PASA A PRIMER PLANO

La espiritualidad no es un componente más de la vida religiosa, sino la expresión de su búsqueda, de su escucha, de su aliento, de su razón de ser y de su horizonte de sentido. Lo es de forma de vida cristiana y, a lo largo de la historia, esta condición se ha manifestado con diversos acentos o de diversos modos.

Hoy, no solo los religiosos, sino todas las vocaciones eclesiales subrayan fuertemente la espiritualidad. Es más, el hombre actual siente una fuerte inquietud por la espiritualidad. Se siente el “rumor de ángeles”.

La espiritualidad cristiana ha pasado a primer plano en su preocupación porque el hombre, el cristiano, el religioso no se resigna a dejarse atrapar por la obvedad, la inmediatez y la rutina y buscan vivir la radicalidad y la trascendencia; desde la docilidad al Espíritu y siguiendo fielmente a Jesús, el Hijo del Padre.

Hay una historia del despertar hacia una nueva conciencia de la espiritualidad en el siglo XX y, sobre todo, a partir del Concilio. Los religiosos contamos con tres grandes referentes para saber situarnos en las dimensiones de nuestra espiritualidad: La exhortación “*Vida Consagrada*”, la Instrucción “*Caminar desde Cristo*” y el Congreso mundial de Roma (2004) “*Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*”.

Estamos en un buen momento para responder al desafío de la espiritualidad. A partir del Concilio Vaticano II, santos teólogos y maestro de vida espiritual nos están proponiendo una espiritualidad humana, bíblica, trinitaria, cristocéntrica, eclesial y de compromiso social y evangelizador.

La vida de la Iglesia que sabe que no ha nacido para sí misma, sino como servidora del Reino, ha girado en torno a la Palabra de Dios, a la Eucaristía, a la Reconciliación y al empeño por la transformación del mundo según el designio amoroso de Dios.

U. von Balthasar decía que la espiritualidad es el rostro subjetivo de la teología. Dando gracias por los logros adquiridos al menos de comprensión- en el proceso de renovación postconciliar, tenemos que reconocer que nuestra espiritualidad es deficiente.

Hay religiosos que tienen la impresión que la profecía de Ezequiel está incompleta, inacabada (Ez 37, 1-14). Como si nos faltara un toque del Espíritu para caminar con garbo y establecer en nuestro suelo, en nuestra historia de salvación.

¿No nos estará faltando escuchar más el grito de los pobres y los gemidos de los oprimidos para comprender que el rostro de Dios sigue desfigurado?

Debajo de esta preocupación está el pensamiento débil, que invita a educarse en lo provisional, en el límite, en el fragmento, en lo imprevisto; está la hinchazón del yo y la cultura de la apariencia; está la incoherencia con su desproporción entre valores descubiertos y valores vividos.

La crisis más fuerte, posiblemente, no sea hoy de finalidad, sino de fundamento. Sabemos bastante bien hacia donde tenemos que ir y contamos con muchos medios para lograr los objetivos propuestos. Poseemos buenas orientaciones en Constituciones y Documentos capitulares. Sin embargo, a veces se constata cierta atonía espiritual, falta de mística y de utopía evangélica.

Esto nos obliga a reconsiderar nuestra espiritualidad y ponerla en primer plano, a fin de lo que hacemos tenga sentido y ofrezca horizonte de esperanza. Hemos de preguntarnos honestamente: ¿Qué es lo que de verdad hace avanzar a la vida consagrada hacia su plenitud? Hay mucha fuga hacia delante. Nos puede la ansiedad.

Ante cuantos se muestran inquietos por el futuro; antes quienes manifiestan desasosiego por el presente; antes quienes buscan riesgo, aventura, sorpresa, no hay otra alternativa que volver una y otra vez a insistir en centrar la vida en *la espiritualidad* que nos es propia.

Los pobres son
hermanos y
amigos y en
ellos
contemplamos
el rostro de
Cristo.

Decía Emmanuel Mounier: “Nuestro fin, el fin último, no es desarrollar en nosotros o a nuestro alrededor el máximo de conciencia, el máximo de sinceridad, sino asumir al máximo la responsabilidad y transformar el máximo de realidad, a la luz de las verdades que hayamos reconocido”.

ESPIRITUALIDAD SE ESCRIBE CON MAYÚSCULA

Nuestra espiritualidad se escribe con mayúscula. Es *“vida según el Espíritu”*. “El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rm 8,16). El Espíritu Señor y dador de vida, que está en el principio de la creación y en la

consumación (Gn 1,2 –Ap 21), nos ilumina, nos acompaña y nos renueva. Nos revela a Jesucristo (Jn 14,26; 16,12-15; 1Co 2.10) y nos hace exclamar: “¡Abba, Padre!” (Rm 8,15). Es Maestro interior y memoria activa de Jesús: de su Persona, de su vida y de su doctrina. Es *recuerdo* creativo y actualiza todo el misterio de la vida, muerte y resurrección de Jesús en nosotros.

Cuando se da primacía al Espíritu, se experimenta el gozo de *frecuentar el Misterio* y percibimos mejor la razón fundante de nuestra vida consagrada. Se produce un desplazamiento de los intereses del “yo” hacia los de Jesús. Hijo del Padre. Se resalta la *filiación, la fraternidad y la misión*. Nos sentimos más hijos, más hermanos, más testigos y apóstoles de la bondad y misericordia divinas. Surge una nueva motivación, un nuevo impulso, la gran utopía, la verdadera causa por la que vivir y luchar.

Se rompe el cerco de la mediocridad, que es la fuerza corrosiva de la vida consagrada, comienza a experimentarse la liberación interior y la apertura al asombro y sorprendente del paso de Dios por nuestra historia.

Florece la gratitud. Se escucha con más atención la Palabra de Dios y en la oración se hace sentir el amor con que Dios nos ama. Los pobres son hermanos y amigos y en ellos contemplamos el rostro de Cristo. La Eucaristía se convierte en centro de vida y misión. La acogida de lo diverso (sea cultural, de edad, de pensamiento), el radicalismo evangélico

y los compromisos arriesgados encajan en el corazón animado por la caridad. Se da menos importancia a lo transitorio y efímero y se superan con facilidad el inmediatismo porque el Espíritu abre a horizontes de universalidad y plenitud.

El Espíritu apunta hacia lo *esencial* hacia el *centro*, hacia la *raíz*. Nos ofrece la sabiduría de distinguir lo esencial de lo accesorio. Remite a Jesús, Señor de la historia y Redentor de los hombres. El clamor por lo esencial es otra forma de decir que “ha llegado la hora del seguimiento” (Metz). El Espíritu nos impulsa constantemente a volver a Galilea, donde todo comenzó; a retornar a Cesárea de Filipo, donde Pedro confesó que Jesús era el Cristo; y volver al pie de la cruz para reconocer que aquel que moría en la cruz era el Hijo de Dios. Como decía R.M. Rilke: “Dios espera en donde están las raíces”.

Siendo dóciles a la acción del Espíritu nuestro intento de búsqueda de lo esencial invadirá nuestro corazón y lograremos poner orden en nuestra vida, en nuestras actividades, en nuestras obras. De otra suerte, haremos componendas, apaños y arreglos superficiales. Habremos dejado escapar la oportunidad de la necesaria transformación de nuestras percepciones, juicios y actitudes que llevan a otra forma de vida plena, significativa y apostólica, personal y comunitaria.

San Antonio María Claret tiene un símil oportuno para estos tiempos de dispersión y desconcierto. Es el compás. Si

tienes una de sus puntas fija, con la otra siempre harás la circunferencia. Más corta o más amplia, pero siempre circunferencia. Si no la tienes fija, aparecerá un indescifrable garabato.

El Espíritu nos lleva a centrar nuestra vida en Cristo y desde Él llegaremos al Padre. La experiencia vocacional en plenitud integra y armoniza el encuentro con Cristo, la comunión con la Iglesia y el servicio a los hombres. Si dejamos de cultivar la contemplación del rostro de Cristo, acabaremos enredándonos en asuntos secundarios, se apodará de nosotros la oscuridad y el desaliento. ¿De dónde vienen esos indicios de desvitalización? Lo que acontece y las circunstancias son importantes, pero lo esencial va dentro del corazón.

JESÚS ES EL CAMINO

La espiritualidad de todos los hombres y mujeres, en todos los tiempos, ha tenido un carácter *itinerante*. Aún es verificable en pueblos de diferentes religiones. La vida humana es considerada como camino lleno de sorpresas, decisiones, renunciaciones, pero sobre todo, de búsqueda hacia la plenitud.

En la historia del Pueblo de Israel el camino significa la conducta del hombre. Hay camino recto y camino tortuoso. Pero en el recorrer los autores sagrados aparecen “los caminos del Señor” y “los caminos del hombre” que, a veces, no coinciden. El pueblo elegido experimenta la presencia y ausencia del Señor en el Éxodo;

como también, si cumple o desobedece sus leyes.

Con la encarnación del Verbo por el Espíritu Santo, comienza a revelarse todo el amor de nuestro Dios Trinidad. Jesús es el camino hacia el Padre; es la verdad porque es la Palabra encarnada; es la vida porque solo por Él puede recibirse (Jn 1,4; 6,33; 11,25). Jesús está ya donde el discípulo quiere llegar a estar.

El Espíritu
apunta hacia
lo *esencial*
hacia el
centro,
hacia la *raíz*.

Jesús muestra su identidad de Hijo del Padre y será el Espíritu quien les explique plenamente todo y les haga partícipes de las relaciones trinitarias. Jesús, declarándose camino hacia el Padre, pide que le sigamos hasta el final. “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora en vosotros” (Jn 14, 16-17).

Tras la contundente afirmación de Jesús diciendo que

es camino, verdad y vida, insiste en su identidad y reclama reiteradamente la *fe*. “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es que el realiza las obras. *Creedme*: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos, *creedlo* por las obras” (Jn 14,15-16).

Lo que tiene a Jesús preocupado es que los discípulos no acierten a ver que el camino y el fin es El mismo. No conocen el fin porque no ven el camino y se quedan en lo accesorio.

A veces estamos pendientes, como la Samaritana, del agua fresca sin caer en la cuenta de que es Jesús quien ofrece agua viva; o, como los judíos, que esperan recibir de Jesús el pan, sin percatarse de que El es el Pan vivo bajado del cielo; o, como los que quieren ver a Lázaro salido del sepulcro. Y no entienden que Jesús es la resurrección y la vida. Embebidos en las pequeñas cosas que nos rodean, no somos capaces de ver el camino y en él la dirección hacia el Padre.

Somos buscadores, somos itinerantes, y se nos escapa lo central; guardar los mandamientos es guardar la palabra oída al Padre; es experimentar que la Trinidad mora en nosotros (Jn 14, 15-24) San Pablo nos habla de vivir *en Cristo* para resaltar la *novedad de vida* que supone *ser en Cristo* (1Cor 1,30; Rom 8,1; 2Cor 5,17; Gál 3,28). “El que está en Cristo es una

criatura nueva” (2Cor 5,17). Vivir en Cristo no es una expresión estática, sino dinámica, Es expresión de configuración, de conformación, de transformación en El.

Hay que volver al misterio de la Encarnación, al misterio de la Palabra hecha carne que ha puesto su tienda entre nosotros y se ha hecho semejante a nosotros, transitando por el tiempo, desafiando la incredulidad, ofreciendo nueva vida y vida en abundancia.

Jesús es compañero de todos los caminos de los hombres, incluso cuando se hace de noche o se palpa el silencio. Jesús conoce la orografía de su pueblo (lago, montaña, desierto, pradera) y conoce la psicología de las personas. Desenmascara a unas y ayuda a las que sufren en el cuerpo o en espíritu y a los que buscan y no hallan.

EN EL CAMINO DE JESÚS

La espiritualidad comporta adentrarse en el camino de Jesús y hacer propio su destino. Su camino es de humildad y compasión y misericordia. Vive y convive como uno de tantos (Fil 2,5-11) y se halla inmerso en los avatares de los hombres de su pueblo. Lo que en el Evangelio de Juan es una afirmación rotunda: “Yo soy el camino”, en Lucas es una “crónica de viaje” tejida en torno a Jesús que *camina* hacia su muerte y su resurrección (Lc 9,51.56; 13,22; 17, 11; 19, 28).

No es un mero recuento de episodios, sino el cuadro de

referencia para su drama y doctrina. Desde que resuelve ir a Jerusalén, donde consumará su obra, elige discípulos, cura, enseña y orienta cómo llegar hasta el Padre. El camino hacia el Padre es el camino del Padre.

En su camino, Jesús revela las condiciones del seguimiento y que no son de celo desmesurado ni imposible, sino de fidelidad absoluta hasta la meta establecida. Los que quieran seguirle o son llamados por El han de ser incondicionales, totalmente entregados al Reino y estar, sin descanso, al servicio de los demás.

“Mira, hoy y mañana seguiré curando y echando demonios; y al tercer día llegaré a mi destino.

Pero hoy, mañana y pasado tengo que seguir mi viaje porque es imposible que un profeta muera fuera de Jerusalén”. (Lc 13,32-33).

El seguimiento es peligroso, está lleno de conflictos y deriva hacia la pasión. Pero también, el radicalismo y la ultimidad van unidas a las promesas: Los que perseveren hasta el final en las pruebas, participarán en la mesa del Reino (Lc 22, 28) “Os llevaré conmigo, par que donde estoy yo, estéis también vosotros” (Jn 14, 3).

Todo el bien que hacía, lo realizaba “al pasar” y, así, con sus signos y prodigios manifestaba la misericordia y la bondad del Padre para con los pobres, los oprimidos, los enfermos, los leprosos, los endemoniados, los niños, los que no contaban.

Anunciaban el Reino de Dios e indicaba lo único necesario para participar en él.

MIENTRAS VAMOS DE CAMINO

En los Hechos de los Apóstoles se llama al cristianismo naciente “el Camino”. Este Camino no es una ley, sino la persona de Jesús, quien con el sacrificio de su cuerpo y de su sangre funda la *nueva alianza*. Hace de los hombres su “cuerpo”, su Iglesia, en la que sus miembros mantienen relaciones de filiación, de amor, de comunión.

En este caminar con Jesús, los religiosos nos vamos haciendo discípulos y misioneros. En plural, porque somos llamados, convocados, en comunidad de oyentes de la Palabra y servidores del Reino. Nos vamos haciendo imitadores de Jesús, reviviendo sus sentimientos y compartiendo su forma de vida pobre, virgen y obediente: Somos gozosa alabanza de la Trinidad y permanente ofrenda para gloria de Dios Padre. Nuestra vida tiene sentido y da sentido a la vida de los que nos rodean como testigos y anunciadores del Reino futuro.

Acompasados por el cayado del Pastor, cuando atravesamos cañadas oscuras, no tenemos miedo; vamos seguros porque El está con nosotros (Sal 22). Entre tanto, con jugamos los verbos que el Espíritu suscita con su “memoria Jesús”: contemplar y agradecer todo lo creado; descubrir y admirar todo lo bello, bueno y verdadero; orar siempre y en todo momento ante el Padre y

bendecir su nombre; buscar y acoger la voluntad del Padre; aprende y discernir los signos de los tiempos; comoverse y comprometerse por la causa de los marginados, los excluidos, los que sufren, los que no logran ver sentido a su vida; celebrar y disfrutar con los amigos; dejarse transformar para aprender, innovar y relanzar lo que construye el Reino; vigilar para no caer en la tentación; perdonar en interceder, como lo hizo Jesús en la cruz; morir y resucitar (Misterio Pascual), que es la razón de la esperanza que ofrecemos.

La caridad sin límites manifestada por Jesús da autenticidad a la conjugación de los verbos precedentes. El amor inicia y concluye nuestro caminar. “El nos amó primero” (1 Jn, 4,19). Todo es gracia y todo es amor. La síntesis está en la celebración de la Eucaristía, donde renovamos la alianza y reforzamos la misión. El amor no está condicionado por las diferencias, las distancias, ni las fronteras.

Cuenta con lo diverso y promueve la armonía, la paz, la comunión. Particularmente dentro de la Iglesia en las que las mutuas relaciones de sus miembros (laicos, consagrado y ministros ordenados), antes de aunar y canalizar modos de actuar, son expresión del modo de ser y del vivir el misterio de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, de comunión si está viva la comunión misionera.



La espiritualidad en este momento tiene especiales resonancias e implicaciones comunitarias y se halla enriquecida por las preocupaciones eclesiales: la evangelización y los que la han de llevar a cabo: el laicado y, especialmente, la mujer; el diálogo ecuménico, interreligioso e intercultural y de vida; el ejercicio de los derechos humanos; la praxis de la justicia, la paz y la salvaguardia de la creación; el trabajo por la dignidad de las personas y de los pueblos en este tiempo de globalización, etc. Nada de esto puede quedar al margen en quien quiere vivir la lógica de las Bienaventuranzas.

Aquí no tiene cabida el voluntarismo. El Espíritu es quien se hace fuerza creadora y fantasía de la caridad para estar en los espacios o en los campos donde hay que hacer más visible la presencia de Dios (ser “luz del mundo y sal de la tierra”).

Donde hay que transformar los criterios según el Evangelio y donde hay que prestar voz a los que no tienen voz. Mientras se va de camino se mantiene abierto el diálogo, se renueva la alianza de Dios con la humanidad y se promueve la paz, la justicia y la salvaguarda de la creación.

La espiritualidad se hace así. Canto a la gratuidad y elevación de lo creado, sobre todo, de la dignidad de las personas. En este cambio de época hay nuevos escenarios que piden signos inequívocos de la presencia de Dios, testigos del poder de Jesús resucitado, videntes del sentido y

personas e instituciones solidarias con quienes se hallas heridos en el cuerpo o en el espíritu.

También piden una ascesis: mejor uso de la libertad y de la responsabilidad, asiduo diálogo con la cultura, generosa solidaridad, sabio uso de los medios de comunicación, inculturación del Evangelio y del carisma fundacional. Lo cual implica desasimiento y centrarse en el amor, vigilar para no abandonar o darse la huida, afirmar el camino emprendido en el amor y confiar en que Dios extienda sus manos para abrazarnos.

Y SIGUIENDO LAS HUELLAS DE LOS FUNDADORES

La teología de los carismas fundacionales ha influido en la espiritualidad de la vida consagrada dando concreción y ofreciendo itinerarios precisos. Hoy todos los Institutos han renovado sus Constituciones y han elaborado su itinerario espiritual conforme al estilo de vida y apostolado inaugurado por el Fundador o Fundadora en la Iglesia. Hablan de procesos, de etapas, de dinamismos, de medios, de compromisos.

Contando con ello, sigue abierta la invitación a todos los religiosos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. Los fundadores siguen estando delante de nosotros con su vigor carismático y profético y con su sentido de catolicidad. Nos

impulsan al radicalismo evangélico en el seguimiento de Jesús y a estar atentos a lo que pasa para dar respuestas misioneras a los desafíos que experimentamos.

Los miembros de cada comunidad carismática han de “beber en su propio pozo”. Los muchos pozos abiertos tiene como subsuelo el agua del río de la vida (Ap 22, 1-2). La espiritualidad tiene hoy una identidad abierta, dinámica y correlativa.

La comunión y complementariedad entre carismas y ministerios, la misión compartida con los laicos, la colaboración intercongregacional, son expresiones de la espiritualidad de comunión, que deriva del “Cuerpo Místico”.

La espiritualidad recrea la comunicación, la internacionalidad, la interculturalidad y la intergeneracionalidad.

Disponiendo de sabias orientaciones, nacidas de un esfuerzo de clarividencia y fidelidad a las exigencias del Reino en este mundo, ¿qué tendríamos que subrayar hoy?

Indico estas, pero la lista queda abierta para que el lector la alargue y corrija:

1) Agradecer el don de Dios en nosotros: somos amados en Cristo Jesús. Es un milagro el que Dios hace con nosotros dándonos fuerza para vivir, en este tiempo, en fraternidad la pobreza, la castidad y la obediencia. Agradecer es vivir y ensancha el corazón. Del agradecimiento brota

la alabanza y la bendición. Jesús era agradecido.

2) Sabiendo que Dios Padre vela por nosotros, vigilar y mirar hacia delante. Las cosas pueden ser de otra manera a como las vivimos, porque ya, antes, lo fueron. El Señor es el que rige la historia.

3) Cuidar la coherencia para hacernos creíbles, no sea que nuestras opciones se queden en meras palabras y los pobres olvidados. Jesús es el signo de la coherencia y, en su medida, también los fundadores.

4) Seguimos en camino, en proceso, y el Reino sufre violencia: No ensoñemos el pasado. No canonicemos el presente ni los medios, ni las estructuras en las que ahora nos apoyamos. El Reino de Dios crece y de forma insospechada. Sigamos el ritmo de Jesús: con humildad y compasión, con mansedumbre y audacia.

5) Amar sin reservas y hasta el final. Hay que ahogar el mal con la abundancia del bien, Al amor nadie se resiste. Si nos vemos “agraciados”, hagamos del Magnificat nuestro canto y programa de vida. Es el canto de los pobres agradecidos y confiados.

6) El futuro de nuestra vida religiosa puede ser un poco mejor, más transfigurada, si ponemos de nuestra parte fidelidad y generosidad.

Contamos con que la iniciativa sigue viniendo de lo alto.

“LA DEFENSA DE LA ECOLOGÍA DESDE UNA ESPIRITUALIDAD HOLÍSTICA”

Luis Infante de la Mora, osm



INTRODUCCIÓN

Los temas ecológicos se hacen cada vez más frecuentes en la palestra de la vida de todos los pueblos. Ya no son solo unos pocos “fanáticos” los que irrumpen en las discusiones y decisiones ecológicas sino que vamos tomando conciencia cada vez más que, para bien o para mal, todo lo que acontece en las personas y en los elementos no humanos tiene repercusiones más allá de lo visible de los hechos.

Desgraciadamente tenemos que sufrir rupturas y desastres para darnos cuenta del valor de la armonía, de la belleza, de la libertad, de la responsabilidad, de la justicia, de la paz, para la *vida* y el *amor*, que son los anhelos más profundos inscritos en toda creatura de Dios.

La influencia preponderante de una cultura antropocéntrica nos llevó a creer que el ser humano era el centro de todos los proyectos y desvelos de las actividades humanas.

Sin embargo, la evolución de la creación del pensamiento, de los hechos. De las experiencias nos ayuda a avanzar hacia nuevos rumbos. Esto vale también para la espiritualidad y para nuestra fe. De hecho, yo confío que mi fe tenga un potencial superior a la de mis antepasados.

Los Evangelios nos indican la fe de San Pedro, de San Pablo... Sin embargo, la experiencia de fe de tantos discípulos de Jesús, después de estos santos, me ayudan a tener mayores elementos y madurez para vivir mi fe hoy, que los primeros discípulos de Jesús. Por lo menos, a eso debería llevarnos la vivencia de tantas personas de fe, la reflexión teológica permanente, el Magisterio de la Iglesia, los éxitos y las caídas de la Iglesia a lo largo de los siglos, el martirio y la profecía de tantos misioneros del Evangelio.

De igual manera en el tema ecológico, estos últimos cuarenta y cinco años se han dado y se están dando hechos que nos impulsan a replantearnos el rumbo de nuestra historia y los fundamentos, también éticos, teológicos, espirituales de nuestra vida y de la vida de toda creatura de Dios.

Frente a tantos problemas que nos cuestionan, como la violación a los derechos humanos, la violencia, la contaminación del aire, de las aguas, de las tierras, de los alimentos, la depredación y la

destrucción del planeta, el consumismo, los terremotos, las emisiones radiactivas, las sequías y las inundaciones, en fin, todo lo que definimos como crisis ecológica, y los enfrentamientos ideológicos, políticos, económicos, culturales y hasta religiosos que nos llevan a enormes diferencias y marginaciones de grandes sectores de la humanidad (todo lo que llamamos pobreza), frente a tantos problemas pareciera tan irreal e inalcanzable lo que la Biblia describe al comienzo del Génesis: Vivir en armonía, en paz, en plena comunión entre todas las creaturas y con el Creador.

**Todo es reflejo
de Dios que
nos impulsa
a alabarle y
adorarle**

“Pasear por el jardín del Edén”, alabando todo lo bueno y lo bello que Dios ha creado, pareciera ser hoy un privilegio de pocos. Sin embargo, de las manos de Dios ha surgido y sigue surgiendo la belleza, fecundidad y armonía de vida realmente divinas.

Entre tanta majestuosidad de los astros, de la luz, de los animales y plantas, de una tierra fascinante, es creado y sigue recreándose el ser humano. Todo esto es reflejo de un Dios inmenso amor, que nos impulsa naturalmente a alabarle y adorarle.

Cuan esencial es la admiración y la contemplación de los misterios de vida encerrados en las maravillas de cada una de las creaturas de Dios y más admirable aún de su conjunto.

VISIONES

Frente a tanta manifestación del amor de Dios el ser humano se puede situar de distinta manera. Es así como se pueden dar tres posturas o visiones, que definirían nuestra relación y nuestra espiritualidad hacia Dios, hacia las personas y hacia las demás creaturas.

I. VISIÓN ANTROPOLÓGICA

Surge de la cosmovisión filosófica de los griegos (Platón, Aristóteles) que separa a los seres humanos de la naturaleza, separa al mundo material/corporal, el mundo espiritual/de la mente. Esta visión se acentúa con la Ilustración (siglo XVIII) cuando surge la ciencia de la naturaleza (Bacón, Newton).

El cristianismo se desarrolló y expandió muy unido a esta visión, que no es la de la Biblia. La Biblia plantea la vida (del ser humano y de la naturaleza, en el universo) interconectada e interdependiente, íntimamente unida entre sí (como plantea incluso la actual física cuántica y la teoría de la relatividad de Einstein).

Esta visión antropocéntrica ve al ser humano como el *centro* y *señor* de la creación, donde todo está a su servicio. Ve a la persona como “rey”, que usa de los bienes de la creación no solo según sus

necesidades, sino también sus deseos, utilizando cada día los bienes naturales, más allá de lo necesario, explotándolos, depre-dándolos y destruyéndolos cada día más irracionalmente.

Esta visión, radicaliza, sustenta una sociedad *comunista*, que amontona y acumula más allá de lo necesario. Es la sociedad de la *abundancia*, en que algunos se adueñan más y más de bienes, de plata, de poder, de prestigio, a costa de otros que son *excluidos* del sistema, abandonados a la miseria, al olvido, a los “*don nadie*”, *ninguneados*”.

Entonces, poner al ser humano como el centro y señor de la creación es otorgarle una superioridad que tiende a marginar a otros, alentando el pecado de orgullo que podría llevar incluso al ser humano a creerse superior a Dios (tentación bastante frecuente en la cultura actual).

Si creemos que la *tierra*, el *agua* y todos los ecosistemas *son de Dios*, por ser El Creador, significa que El los ha creado para *todos* sus hijos, no solo para algunos. Este principio de fe fundamenta el principio ético del destino universal de los bienes, por sobre la *propiedad privada*, sobre todo si son elementos esenciales e indispensables para la *vida* (de todo ser vivo), como son la tierra, el agua, el aire. Privatizar estos bienes *vitales* o peor aún hacerlos objetos de mercado es privar a otros de su uso y limitar o privar el sano desarrollo de la vida de todo ser vivo. Por estos motivos ¿cuántos miles de personas sufren

y hasta mueren hoy por falta de agua. Por no tener un sitio donde vivir, por la contaminación de estos elementos vitales? Estas privatizaciones que excluyen y matan, son una violencia, institucionalizada, que podemos y debemos definir como inhumana e inmoral, y hasta ilegal.

Es la estructura social, política y económica que plantea el neoliberalismo, tan vigente también en nuestro Chile, hoy. Y si tenemos lástima del “pobre”, le ayudamos con “campañas solidarias”, “subvenciones”, “teletones”, “ayudas” “limosnas”,... y seguimos con nuestro estilo de vida y estructura social. Estas que llamaríamos “obras de *caridad*”. Si bien son necesarias, son muy distintas a las exigencias de la *justicia*, de la *equidad* y de la *solidaridad*, como nos diría el Padre Hurtado, tantos Padres de la Iglesia y la misma doctrina social de la Iglesia, inspirada en el Evangelio.

II. VISIÓN COSMOCÉNTRICA

Ve al ser humano como una especie más de la naturaleza, que apareció millones de años después de que la naturaleza, que apareció millones de años después de que la naturaleza ya existiera. Siempre el cosmos había existido en armonía y belleza, y la presencia del ser humano empezó a deteriorar, a destruir, a violentar, hasta llevar el cosmos al caos (contaminación, huracanes, inundaciones, incendios, sequías...).

Esta visión ve al ser humano como un estorbo para la

naturaleza como organismo vivo, crezca por sí misma “en paz”. Aquí no se tiene en cuenta que el ser humano es un ser consciente de sí mismo responsable de sus decisiones y acciones, el único interlocutor de Dios, por ser “imagen y semejanza” de Él. Algunos llaman a esta visión “ecología profunda”, que opta por relativizar al ser humano y hasta por eliminarlo, impulsando los medios de reducción de la natalidad, el aborto, el SIDA... para facilitar que crezca la naturaleza sin trabas.

III. VISIÓN ECOCÉNTRICA

En mi carta Pastoral “*Danos hoy el agua de cada día*” (agosto de 2008), junto con considerar inadecuadas y rechazar las dos visiones anteriores (antropocéntrica y cosmocéntrica), oriento la reflexión y planteo una tercera visión: la ecocéntrica, que considera al ser humano en íntima relación con el medio ambiente, que vive en la “casa común” que Dios nos regaló para todos.

Dios es el creador, es el *dueño* (la tierra es de Dios) y es el ser humano, “creado a imagen y semejanza de Dios”, tiene la gran responsabilidad de llevar a cada creatura hacia la finalidad por la cual el Creador la creó. Es así por ejemplo: ¿cuál es el fin por el cual el Creador creó un perro?

Con la ayuda de su amo, fue creado para llegar a ser un perro en su plenitud, para que crezca en su perfección, como perro. La plenitud de un perro no es ser león o tortuga, es ser un perro perfecto.

De igual manera ¿cuál es el fin por el cual Dios creó al ser humano? Es para que llegue a ser un *ser humano perfecto*, para crecer hacia su plenitud, como ser humano. No pocas veces somos tentados de ser o creernos dioses (esto es lo que llamamos pecado original, como aparece en Génesis 3) Un ser humano perfecto tampoco lo es si llegara a transformarse en perro. En el Evangelio de Mateo 5, 48 Jesús nos llama a ser “perfectos, como perfecto es mi Padre celestial”, o sea, como Dios es perfecto como Dios, así ustedes sean perfectos como lo son: personas. La defensa y promoción de los derechos humanos está por ello íntimamente unida al Evangelio, como una tarea de fe para que el ser humano adquiera la dignidad que Dios le ha confiado, y ayude a cada creatura (don de Dios) a crecer hacia su plenitud y perfección.

El orgullo y la ambición humana nos llevaron a “romper” este designio o finalidad por el cual Dios nos creó, dando origen al pecado, que provoca una ruptura entre el ser humano, la creación y Dios. Para ello Dios envía a su Hijo Jesucristo, para restaurar esta herida y *redimir* del pecado al ser humano y a la creación entera. Una creación que aún “sufre y gime con dolores como de parto” (Rom 8,22) en su proceso de redención hacia la plenitud de la gracia y de la belleza divina de “los cielos nuevos y tierra nueva” (Ap 21 y 22). Así Cristo, en la plenitud de los tiempos, entregará al Padre la creación perfectamente restaurada por Cristo mismo, cuando haya llegado a su plenitud y perfección.

La Resurrección de Cristo es justamente la intervención (acción salvadora) de Dios para *reconciliar toda la creación* (incluido el ser humano) y llevarnos a la plenitud de la vida divina, plenitud de vida que el Génesis manifiesta en el séptimo día de la creación, donde día a día Dios crea algo “bueno”, al sexto día crea al ser humano “*muy bueno*”, y el séptimo día Dios goza de la plenitud y perfección de su obra creada, libre de sufrimiento, pecado y muerte.

Todo esto el pueblo de Israel lo sintetizó en la definición de fe: “La tierra es de Dios”, es el Señor de la creación. Nosotros somos los cuidadores de esta obra de Dios, para que con la sabiduría, la responsabilidad y el amor que Dios nos otorga a cada ser humano, ayudemos a cada creatura a alcanzar su plenitud, a alcanzar los frutos de la Resurrección de Cristo: la vida plena, libre de pecado, de la muerte y sus secuelas.

Esta visión egocéntrica nos abre a una renovada espiritualidad, a ser audaces creadores de comunión. Nos desafía en nuestra oración, para que no sean solo las lindas palabras que dirigimos a Dios, sino que seamos personas profundamente contemplativas de su Palabra y de las expresiones de su amor entre nosotros, en cada una de sus creaturas y maravillas, para que podamos así contagiar y prolongar esta comunión con Dios hacia los hermanos y toda la creación.

Es una espiritualidad que nos lleva a ser profetas (voz de

Dios) de justicia, equidad y solidaridad con nuestros hermanos, especialmente con los que están más heridos y sufridos por la violencia, la pobreza, la enfermedad, la exclusión y la marginación. Es una espiritualidad que nos lleva a ser profetas de justicia, solidaridad y comunión con la naturaleza, para amarla, valorarla, cuidarla y respetarla con el mismo amor que manifestamos a Dios y a nuestros hermanos, sintiéndola una presencia del amor y de la vida del Dios con nosotros. Esto es construir historia sagrada, o sea impregnar de lo sagrado de Dios a la vida de cada creatura.

Con razón el papa Juan Pablo II nos llamaba a una *conversión ecológica* (18 de enero 2001), a cambiar nuestra mentalidad, nuestra espiritualidad, nuestros estilos de vida, nuestras actitudes y relaciones hacia la comunión, pues hoy caemos con cierta facilidad en una esquizofrenia espiritual, en que nos gloriamos de alabar y bendecir a Dios en nuestra oración, pero a su vez ofendemos y herimos al hermano marginándolo al dolor, y despreciamos, destruimos la naturaleza, ofendiendo a su Creador.

En la nueva época de la humanidad que estamos viviendo, percibimos desde el corazón y desde el alma de nuestros coetáneos una profunda sed de espiritualidad, que intentan satisfacer buscando en los pozos de las aguas podridas del hedonismo, del consumismo, del materialismo, de las apariencias. Desde la fe tenemos las aguas

puras y cristalinas de una espiritualidad evangelizadora para ofrecer a la presente y a las futuras generaciones una cultura de la Vida que brota abundante del Cristo resucitado.

Entonces el clamor al Padre “*Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*”, sentimos la exigencia de ser padres “engendrados” de un tiempo nuevo, de un mundo nuevo, impulsando nuevos estilos de vida más sobrios, amorosos y fraternos (pobreza religiosa).

Así Dios engendrará en nosotros nuevos Francisco de Asís que experimentemos al “hermano sol, hermana tierra, hermana agua”, y a cada uno de nuestros hermanos y hermanas como parte esencial de la misma vida del Espíritu que vive en nosotros.

Mucho de esta sabiduría de vida podemos aprender de nuestros hermanos indígenas. Tenemos un mismo origen: Dios. En profunda y plena comunión, hagamos juntos también el camino espiritual hacia la meta de toda creatura: la plenitud, Dios.

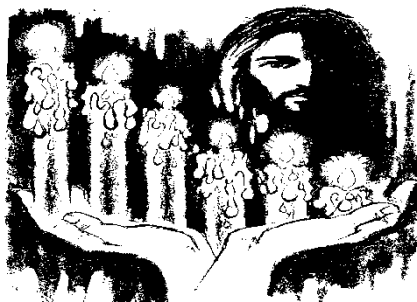
¡Cuánta falta hacen hoy educadores para este camino de fe!

¿O seguiremos haciéndonos los sordos y los desentendidos frente a los clamores de nuestra historia? Desde la vida cristiana, y más aún desde la vida religiosa, los consagrados y consagradas, tenemos el “privilegio” de tener mayor conciencia y experiencia de ello, pues lo celebramos ya en la Eucaristía y en nuestro compromiso de vida.

**Aceptar la diversidad
que no separa
sino que nos enriquece**

“DESAFÍOS EN LA DIVERSIDAD DE LAS COMUNIDADES EN LA VIDA RELIGIOSA”

Hna. Estela Ruth Gómez, rsm



Estamos en un cambio de época. Desde muchas realidades el mundo nos lo está revelando: los pueblos originarios, los científicos, la naturaleza, el fenómeno de la globalización en diferentes procesos sociales, las redes de comunicación, los vínculos, la manera de relacionarnos y formar familias, nuestras cosmovisiones y paradigmas. Es un cosmos en movimiento.

Si reconocemos la vida como centro y que para nosotras/os está DIOS, se abre un tiempo en donde la realidad de nuestro cosmos nos desafía a un despertar conciencia y elegir cada día una vida más plena para nosotras/os y los demás.

“He venido para que tengan vida y vida en abundancia”, nos dice Jesús.

En nuestra historia de Vida Religiosa, la presencia de Dios Espíritu, nos llevó a grandes cambios desde Medellín, Puebla, Santo Domingo. Los movimientos sociales y eclesiales en América

Latina nos llevaron a opciones de vida con los pobres y desposeídos de nuestros pueblos.

Escribo desde la experiencia de haberme formado como religiosa inserta en barrios populares, pobres. Más de 30 años viviendo en diferentes lugares siempre en inserción en comunidades pequeñas, en casas de barrios marginales.

He estado en lo intercongregacional desde la formación hasta ahora, en situaciones diversas: cursos, seminarios, encuentros, reuniones. Juntas/os hemos crecido desde la amistad y la búsqueda en común, no limitando la formación a una experiencia personal, sino de caminos recorridos con otras desde una construcción colectiva de escucha al DIOS de la vida.

Acompaño a religiosas/os y agradezco el haber podido escuchar la búsqueda sincera en honestidad con la realidad humana, religiosa, social que acontece entre todos.

Escuchar la experiencia me ha mostrado el deseo de trabajar el poder en discernimiento comunitario reconociendo las invitaciones de Dios. Amar de la mejor manera posible; en la vida vamos aprendiendo a amar, a

todos, entregando la posibilidad de una pareja.

En solidaridad con los empobrecidos, compartiendo los bienes, tiempo, amistad, estando donde a vida reclama, construyendo comunidad. Nuestro votos nos ayudan a trabajar nuestro poder, nuestro tener, nuestro modo de amar.

Creo que Dios siembra en todos un potencial para crecer en esta vida, reconectando a personas y experiencias, desde comunidades que dan sentido y profundidad a la espiritualidad, en esta Vida Religiosa que queremos vivir.

Desde una mística que se nutre en silencio, en la oración compartida y en la vivencia de comunidad que nos vinculan desde el sentido de esta vida entregada. La espiritualidad que nos conecta al cosmos, la naturaleza. El aprendizaje que nos dan los pueblos originarios, en vínculos diversos, simples y profundos.

La vida nos cambió y nos cambia. Si fluimos con la energía vital que es DIOS quien fluye en cada una/o, nos transformamos.

O mejor dicho la vida nos transforma.

Nuestras comunidades han cambiado, somos pocas, conscientes de lo vulnerable que somos, buscando ser humildes, conscientes de nuestra humanidad, veraces en el compartir. Las comunidades cambiaron, sin proponérselo, fue aconteciendo. Casas y comunidades, pequeñas, de inserción, nos cambió la perspectiva y una de ellas es el de SER comunidad.

Hemos buscado la convivencia y la amistad con los pobres como lugar de mayor potencial para vivir el modo de Jesús y desde aquí profundizar en el compartir como hermanos, se dio la transformación de las comunidades.

Vamos dialogando por maneras de vivir y convivir, compartiendo lo profundo de la vida. Los discernimientos de dónde estar para ser más fecundas y cómo trabajar con la gente allí donde la vida muestra sentido y la PRESENCIA VIVIA de DIOS, donde la veracidad y la transparencia, que es gloria de Dios, se manifiestan.

Se abre un tiempo en donde la realidad de nuestro cosmos nos desafía a un despertar conciencia y elegir cada día una vida más plena para todos.

En lo cotidiano de acompañar y estar en movimientos sociales, donde se defiende la vida de los desposeídos de esta tierra, se actúa en redes amplias, donde encontramos la presencia del Dios vivo en los pobres. Acompañamos a mujeres que rehacen sus vínculos para vivir sin violencia, promoviendo la desconstrucción del patriarcado cultural.

Generamos procesos de sanación, de cuerpo, psiquis, espiritualidad. Una nueva espiritualidad, con símbolos, gestos, desde nuestro cuerpo en movimiento.

Queremos continuar con nuestros ministerios en los lugares más pobres, las fronteras geográficas y humanas, sentimos que esa opción preferencial por el pobre sigue vigente, es la invitación de Jesús.

Los movimientos que luchan por la justicia, por el cuidado de la tierra, la desconstrucción del patriarcado, la no violencia de género y, en esto, abordar la problemática de redes de trata de personas. No actuamos desde una manera "poderosa" sino desde el poder compartido con otras/os en situaciones de riesgo, siempre junto a otras/os, con la perspectiva de nuestro carisma que nos regala una mística particular en el actuar.

Todo esto, nos ha conectado con la pobreza que llevamos dentro, con la sincera vulnerabilidad de cada una/o. Con desgaste físico, emocional, psicológico, que no podemos negar.

Con todo, podemos sentir ese sabor de felicidad y de sentido en el ritmo de cada día de entregar la vida y nutrirnos de experiencias profundas de Dios en lo simple, sencillo.

¡La gente nos regala tantos aprendizajes!

Nos preguntamos en estos cambios, que son sociales, culturales, religiosos: ¿Cuáles son las maneras de convivir en los ritmos de hoy? ¿Cuáles son las maneras de rezar?

¿Qué es comunidad religiosa? ¿Por qué sigo estando aquí?... y tantas otras preguntas.

Nuevas formas de compartir en comunidad, de rezar juntas/os. Las personas y las alianzas son diversas en la sociedad, también en nuestras comunidades.

Sin perder lo propio de nuestra vida, la mística de nuestro servicio, que es el construir desde la comunidad, reconociendo que convivencia y comunidad se pueden construir de diferentes maneras.

Los desafíos de hoy en ser veraces en la convivencia, cómo nos ayudamos a amarnos más y no a soportarnos, lastimar-nos, desgastarnos por detalles de convivencia cotidiana.

Hoy sabemos y nos conocemos desde profundidades psicológicas que a veces son incompatibles en el diario vivir y eso no significa no construir comunidad sino hacerlo de otro modo, con comunicación y formas diferentes.

En el día a día de construir comunidad, aceptando la diversidad que no separa, sino que nos enriquece y nos nutre. Ya no hacemos experiencias de vida como “probando” sino que buscamos veracidad con quien puedo crecer en este carisma y de qué manera.

Compartiendo un tiempo semanal de profundo abrir mi vida a las/os, con oración compartida. La convivencia diaria ayuda a lo espontáneo de caminar juntas/ os en los acuerdos de opciones.

Hay quienes viviendo solas/os están conectadas/os, comunicadas/os desde una profundidad de compartir y búsquedas en compartir y búsquedas en común. En esta diversidad lo importante es que el cariño y la ternura de los vínculos sean reales, que no seamos funcionarias/os de la Vida Religiosa, viviendo normas establecidas, pues ¿“tienen que ser así”?

Vamos buscando vivir como comunidad y que nos reconozcan por cuánto nos amamos. Hemos sido invitadas/os a AMAR apasionadamente este mundo, esta tierra, este cosmos.

Desde este fuego abrasador que nos interconecta dejemos que la RUAH sople donde quiera y nos lleve quién sabe dónde.

Creo en esta Vida Religiosa que no se cansa de buscar, de preguntarse, que camina con los pobres a la intemperie, que se sorprende día a día del milagro de la VIDA, que reconoce ser

vulnerable, que no ostenta poderío ni grandeza.

Desde este pesebre y en esta posada, sigue naciendo Jesús. Desde esta pobreza compartida sincronizamos con mujeres y hombres que buscan un mundo de más equidad y justicia amando desde la diversidad.

**Señor Dios, enséñame
dónde
y cómo buscarte,
dónde y cómo
encontrarte.
Tú me has modelado
y me has dado todas
las cosas buenas
que poseo.**

**Enséñame cómo
buscarte...
porque yo no sé
buscarte si tú no me
enseñas,
ni hallarte si tú mismo
no te presentas a mí.**

**Que te busque en mi
deseo,
que te desee en mi
búsqueda.
que te busque
amándote
y que te ame cuando
te encuentre.**

“LA ESPIRITUALIDAD DE LA CONSAGRACIÓN”

Josune Arregui
Secretaria Ejecutiva de la UISG



INTRODUCCIÓN

Se dice que nuestra sociedad, tras un ropaje agnóstico y distante de toda religión, esconde una añoranza profunda del Absoluto que nos dio la forma y el ser. Se percibe un desencanto del progreso globalizado. La esperanza que brota espontáneamente de todo corazón humano, se siente como retenida sin saber dónde proyectarse.

Ante esta situación provocadora, ¿qué podemos hacer los consagrados y consagradas?

Llevamos siglos aportando excelentes servicios de humanización y anunciando la buena noticia del evangelio de Jesús. En la nueva situación algunos de estos servicios son ejercidos por el Estado (no en todos los países) y, en una cultura hedonista y competitiva, son pocos los que muestran interés por escuchar esa buena noticia que quisiéramos anunciarles.

Además, a nosotros se nos va haciendo difícil seguir gestionando nuestras benéficas instituciones. Una buena parte de nuestros miembros están por su edad y condición retirados de servicios apostólicos activos. Nos acechan el peligro de retirarnos a recordar un pasado glorioso que diéramos por concluido.

Pero el desafío se nos hace cada vez más acuciante: ¿Qué podemos hacer hoy los consagrados y consagradas? ¿Cómo seguir llevando a cabo en esta situación esa “profunda renovación del mundo” (VC 25) que se espera de nosotros/as.

Esta es la reflexión que entiendo se me pide: no solo lo que supone vivir alentados por la espiritualidad de la consagración, sino cómo podemos desde ella aportar sentido a nuestro mundo.

Para ello es necesario recordar brevemente en qué consiste esa consagración que define nuestra identidad y así podremos después señalar cuáles son los rasgos que la caracterizan y cómo pueden estos aportar belleza y sentido a nuestro mundo.

I. VAMOS SIENDO CONSAGRADOS

La vida religiosa es una forma específica de seguir a Jesús, entre otras, dentro de la Iglesia. Desde los orígenes ha habido

bautizados que se han sentido invitados “no solo a acoger el reino de Dios en la propia vida sino a poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejando todo e imitando de cerca la forma de vida de Jesús” (VC).

Esta llamada la hemos percibido como un atractivo – le llamamos vocación – en el que Dios tiene la iniciativa y que se corresponde por parte de la persona con una libre respuesta que se traduce en una forma de vida comunitaria en castidad, pobreza y obediencia para el reino. Llamada y respuesta. Sí, pero, ¿es esto la consagración o hay algo más?.

No desorienta el uso que se hace de la palabra *consagrar*. Unas veces se utiliza en un sentido jurídico como dedicación de lugares o cosas (un cáliz, un templo) para un exclusivo uso religioso. Tratándose de personas, *consagrarse* se utiliza frecuentemente como equivalente a entregarse, como una acción humana aunque sea dirigida a Dios.

Pero en realidad consagrar es hacer sagrado, y ¿quién puede consagrar si no es el Sagrado. Desde ese enfoque podemos decir que la consagración es una acción de Dios, el único Sagrado, que elige a algunas personas y establece con ellas una relación con el fin de llevar a cabo su misión –la misión de Dios- a favor de la humanidad. Por parte de Dios diríamos que consagrar es reservar, tomar posesión, invadir con su santidad y enviar. A la persona corresponde

acoger la acción de Dios, dejarse consagrar y poseer, vaciarse, entregarse, consentir. Los religiosos, pues, no *nos consagramos* a Dios sino que *somos consagrados/as* por El para una misión.

El Espíritu
desciende sobre
la persona
y la capacita
para la misión
recibida,
asociando su
oblación a la
ofrenda de
Cristo

El elemento esencial de una profesión religiosa no es por tanto el compromiso público que hace la persona de vivir en comunidad los votos, según un determinado carisma, sino la invocación que hace toda la comunidad reunida para que descienda el Espíritu sobre la persona y la capacite para la misión recibida, asociando su oblación a la ofrenda Cristo.

Dos son las palabras con las que se expresa esa misteriosa acción transformante del Espíritu: unción y envío.

La unción, es una acción penetrante que impregna, vigoriza y agiliza, que dispone y capacita a la persona para ser enviada a una misión.

El envío, es el impulso que conlleva esa unción; prolongar la misericordia de Dios, hacer visible la presencia de Jesús en el mundo, señalar “la infinita belleza que, puede satisfacer totalmente el corazón humano” (VC 16).

Esta consagración que Dios obra en los religiosos y religiosas a través de su Espíritu es el sello que marca nuestra identidad. Ya no podemos identificar nuestra persona la margen de esta marca transformadora. “Es Dios quien nos mantiene, a nosotros y a vosotros, fieles al Mesías; nos ha ungido, nos ha sellado y ha puesto en nuestros corazones, como prenda suya, el Espíritu” (2Cor 1, 21).

El consagrado por excelencia es Jesús. Aquel a quien Dios “ungió con el Espíritu y con poder” (Hech 10,38), aquel a quien el Padre consagró y envió al mundo (Jn 10, 36). Jesús es el *Christos*, el ungido por antonomasia. “Su perfecta oblación confiere un significado de consagración a toda su existencia terrena” (VC 22).

En la encarnación Jesús inició un proceso de consagración que culminó en su muerte y resurrección. Su vida fue un continuo vaciamiento y, sin dejar de ser carne, fue invalidado por la transparencia divina. Esta era su identidad más profunda y por eso, al presentarse públicamente en la

sinagoga de Nazaret, se aplicó a sí mismo el texto de Isaías: “El Espíritu de Dios está sobre mí porque él *me ha ungió* para que dé la buena noticia a los pobres. *Me ha enviado* para anunciar la libertad a los cautivos... Hoy en vuestra presencia se ha cumplido este pasaje” (Lc 4, 21).

II. EL ESPÍRITU NOS ALIENTA

A partir de esta forma de entender la consagración religiosa, podemos tratar de definir esa forma de espiritualidad cristiana que alienta a los que hemos sido consagrados/as dentro de una familia religiosa y con la que estamos llamados/as a impregnar nuestro mundo. Estos son los rasgos que pueden definir esa espiritualidad.

1. Pertenencia: compromiso y raigambre

El amén, por el que consentimos la acción consagrante de Dios, deja marcada nuestra identidad más profunda. No afecta solo al estilo de vida, ni a la acción u orientación de la energía, ni las prácticas religiosas. Es el núcleo más profundo, el eje central de la persona el que queda afectado y progresivamente transformado.

En el bautismo la identidad personal había quedado ya trascendida por la identidad cristiana y en la profesión religiosa, la identidad cristiana queda especificada por la identidad consagrada. Dios nos ha marcado

con su sello y la persona ya no puede definirse a sí misma de otra manera si no es a partir de esa consagración.

Pero la otra cara de la identidad es la pertenencia. “No es posible responder a la pregunta quién soy yo sin incluir en la respuesta a quién pertenezco”. Y la pertenencia implica vinculación, concepto no fácil de aceptar en la cultura del individualismo. Esta vinculación se refiere ante todo a Dios que nos ha “reservado”, no como un privilegio de intimidad, sino para un ministerio al servicio de la humanidad. Y una vinculación también a la familia carismática a través de la cual se nos ha confirmado la llamada y en la que nos hemos comprometido a vivir esa respuesta.

Vinculación es el término fuerte que nos define. Si estamos consagrados/as, ya *no nos pertenecemos* y, al pertenecer al único que puede definirse como Yo-Soy, hemos descubierto nuestra identidad originaria y nuestra libertad más profunda.

En una sociedad en la que Dios parece ausente es innecesario, esta pertenencia, esta vinculación fuerte de los consagrados a quienes se percibe anclados en un misterio que les da coherencia e integra todas las demás pertenencias (pueblo, familia, profesión, etc.), suscita al menos un interrogante que pone y debilita todas aquellas afirmaciones que recortan el horizonte de la existencia humana. Los consagrados/as anuncian con la propia existencia que una belleza

suprema se ha adueñado de sus vidas, y que la fidelidad en pos de aquel que va delante con una cruz redentora no impide sino genera la profunda felicidad que todos anhelamos.

El Espíritu atrae,
madura,
configura y día
a día nos va
haciendo al
estilo de Jesús,
vamos siendo
consagrados
ungidos y
enviados.

2. Caminantes e indicadores de Camino

Definíamos la vocación como un *atractivo* que se va adueñando de nosotros a medida que dejamos que Dios invada con su Espíritu nuestra vida y nos vaya haciendo semejantes a Jesús. Esta transformación es un dejar hacer, un consentir, que solo se hace posible manteniendo *fija* la mirada en Jesús y *caminando tras El*. “*Es necesario que El crezca y que yo desaparezca*”, decía el Bautista.

Pero la profesión religiosa es dinámica; no es un hecho puntual que nos sitúa automáticamente en un “estado de perfección”, sino un acto humano y libre que desencadena un proceso que dura toda la vida y a lo largo de ella vamos haciendo opciones que la alimenta. El Espíritu atrae, madura, configura y día a día nos va haciendo al estilo de Jesús, vamos siendo consagrados/as (ungidos y enviados). San Pablo dice: “que el mismo Dios de la paz os consagre *totalmente*” (1 Tes 5, 16).

A medida que la mirada se concentra en Él, la vida se va transformando. Por eso la itinerancia misionera no desarraiga, porque los ojos están fijos en Jesús es esta mirada la que nos va integrando.

Ese atractivo misterioso, que crece en la medida en que consentimos que se apodere de nosotros, es el que da solidez y consistencia a nuestra vida “Al Señor hay que *irse aficionando*”, decía Santa Joaquina de Vedruna para expresar este proceso humano-divino. “Si su rostro era hermoso, no lo sé –decía Martín Descalzo- solo sé que mi alma vive del agua de mirarlo”.

Es una cultura de lo efímero y desechable (usar y tirar) y en una sociedad desencantada del progreso, los consagrados/as podemos ser con el brillo de nuestros ojos –reflejo de Su mirada- como un indicador de camino que oriente a tantos buscadores de sentido la dirección de ese tesoro que a nosotros “se nos ha dejado entender”.

3. Comunidades fraternas y circulares

Sabemos que nuestra forma de seguimiento a Jesús, se caracteriza por ser comunitaria, que nuestra vocación es convocación. Nuestro estilo de vida se nutre de la relación con un Centro que nos atrae y se verifica en unas relaciones fraternas y circulares que de ese Centro derivan. Sentir al hermano/a como uno que me pertenece, es la clave de la espiritualidad de comunión. En la vida comunitaria la energía del Espíritu que hay en uno pasa contemporáneamente a todos, decía San Basilio.

La vida fraterna encauza la energía de los consagrados y sostiene su fidelidad.

La comunión fraterna es el espacio teológico en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor Resucitado. (VC 42). En comunidad escuchamos la Palabra, en comunidad discernimos su voluntad a través de las

mediaciones y las circunstancias, en comunidad recreamos cada día las relaciones de la familia de los hijos de Dios.

Decíamos que la pertenencia a Dios se verifica en la pertenencia comunitaria. Sabemos bien que esta pertenencia que expresa la autenticidad de nuestra vida es exigente y nos compromete fuertemente, pero no sé si valoramos suficientemente el hecho de que esa misma pertenencia es una raigambre valiosa que nos sostiene y alimenta. La vida fraterna encauza la energía de los consagrados/as y sostiene su fidelidad.

Ante el feroz individualismo en que muchas veces desemboca la búsqueda de autonomía en nuestra sociedad, la comunidad tiene fuerza atractiva que la convierte en misión.

Los consagrados/as podemos presentar nuestras fraternidades concretas como posibilidad de superar día a día los inevitables conflictos de la convivencia, como una forma llamativa de organizar nuestra economía en la bolsa común que nos mantiene en sobriedad y nos posibilita compartir con los que no tienen, como ejercicio de la autonomía de personas maduras que buscan en interdependencia el querer de Dios a través de la comunidad y las estructuras que entre todos hemos acordado.

La sociedad actual y la misma Iglesia tienen “urgente necesidad” de estas comunidades fraternas.

4. Mística de ojos abiertos

La consagración por su referencia al Sagrado puede entenderse en formas muy diversas según las imágenes de Dios que se tengan. Dicen que lo que hace la diferencia no es tanto si creemos o no creemos en Dios, sino en qué Dios creemos. Por eso al hablar de la espiritualidad de la consagración se hace necesario precisar que estamos hablando del Dios de Jesús.

Creemos que *Jesús es Dios*, pero creemos igualmente que *Dios es Jesús*, que Él nos ha hablado a través de su Hijo y que sus palabras y sus hechos son la revelación de Dios que Jesús vino a traernos, junto a la rectificación de otras pretendidas formas de entender la religión.

Le llamamos espiritualidad de encarnación para marcar distancia de todo espiritualismo y centrarnos en una vida guiada por el mismo Espíritu que alentó a Jesús a lo largo de su existencia, pero se trata de la única espiritualidad cristiana.

La consagración, al ungirnos y hacernos una “reserva para”, podría entenderse como un alejamiento del mundo pero no: seguimos a un Dios que ha decidido implicarse en la historia. En el bautismo de Jesús se rasgó el cielo y, al morir, se rasgó el velo del templo. Es decir Jesús rompe esa diferencia entre lo sagrado y lo profano. El inicio del Evangelio de Mateo (1, 26) nos anuncia la llegada del Emmanuel (Dios con nosotros) y el último versículo dice:

“Y sabed que yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (28,20).

Si la espiritualidad de encarnación va arraigando en nosotros, nuestra espiritualidad se volverá necesariamente contemplativa. Algunos le han llamado “mística de ojos abiertos” que no niega la “mística de ojos cerrados”, ya que nada puede sustituir la relación personal que alimenta esa mirada, pero subraya este otro aspecto.

Los consagrados
hemos de beber
del manantial
como parte de un
pueblo.

Acoger la Palabra
cantar la fidelidad
de Dios,
traer al altar
las angustias y
esperanzas
de la gente.

Rasgamos con la fe esa dura cáscara de la realidad y descubrimos el germen de vida que se esconde en las situaciones ambiguas y vemos como Dios va actuando en la hondura, a su ritmo.

Vivir con la mirada fija en el rostro del Señor no atenúa el compromiso por el ser humano, más bien lo potencia. La mística de ojos abiertos nos ha de llevar pues a descubrir la imagen divina deformada en tantos rostros desfigurados de nuestros contemporáneos y comprometernos, en una tarea de humanización y anuncio, a que lleguen a ser rostros transfigurados.

De este modo las comunidades insertas y humanizadoras pueden ser un gran aporte a la nueva evangelización de gente alejada de una religión ritualista, pero que puede descubrir la buena noticia de que el reino está ya entre nosotros.

III. HACER DE LA VIDA UNA OFRENDA

En “*Caminar desde Cristo*” nos ha dicho la Iglesia que la consagración religiosa asume una estructura eucarística y que la participación en ella aviva desde dentro la oblación renovada de la propia existencia.

La Eucaristía es una posibilidad única que se nos brinda de hacer de nuestra vida una ofrenda juntamente con la de Cristo. En ella vamos siendo día a día consagrados/as, en ella acogemos la capacitación y el envío a la misión que hemos recibido.

Cuando Jesús dijo: “Haced esto en memoria mía”, la mesa quedó abierta a cuantos quieran hacer de su vida una ofrenda por el

bien de todos. Abolidos los demás sacrificios del Antiguo Testamento, nos queda el “memorial” de aquella ofrenda única en la que no hay más que un solo sacerdote, Cristo Jesús, que se entrega a sí mismo y que “hizo de su nuevo pueblo un reino de sacerdotes para su Padre” (Ap 1, 6).

Que la Iglesia tenga instituido un ministerio para presidir este culto verdadero, no resta nada a la verdad de nuestro sacerdocio que estamos invitados/as a ejercer consciente y activamente junto con El.

No hemos de ir a misa “como extraños y mudos espectadores”, según dice el Concilio, sino que hemos de ofrecernos para bien de todos, no solo por manos del sacerdote, sino juntamente con él. Se nos pide ser con-celebrantes en la ofrenda que, junto con su Iglesia, hace Cristo al Padre.

Los consagrados/as hemos de beber de ese manantial como parte de un pueblo, acoger la Palabra viva, cantar la fidelidad de Dios, traer al altar las angustias y esperanzas de la gente junto a la misión de la propia comunidad y depositar allí nuestra pobre y sencilla vida consagrada.

El Espíritu descenderá sobre todo ello para asociarlo al cuerpo y sangre de Jesús y lo ofreceremos al Padre para darle gloria por Cristo, con El y en El.

Nuestra débil fe se apoya y fortalece en la fe de la Iglesia y la

Eucaristía da así sentido a todo el culto de nuestra vida consagrada.

Mi equipaje será
ligero, para poder
avanzar rápido.
Tendré que dejar
tras de mí la
carga inútil:
las dudas que
paralizan
y no me dejan
moverme.
Y llevaré
todo aquello que
no pesa:
Muchos nombres
con su historia,
mil rostros en el
recuerdo,
la vida en el
horizonte,
proyectos para el
camino.

CONCLUSIÓN

Todos estamos convencidos de la dimensión profética de la vida consagrada, pero en la situación actual (increencia, injusticia, crisis económica, etc.) podemos decir que es tiempo de llevar la profecía al extremo.

La vida religiosa puede aportar ante todo un “precioso impulso” y una mayor coherencia a la vida de los *creyentes*, muchos de ellos desorientados, escandalizados necesitados de recuperar la identidad que les marcó en su bautismo.

Para los *no creyentes* la vida religiosa puede ser un anuncio existencial de la presencia de ese Dios que ellos ignoran aunque lo buscan de mil maneras.

Y en *toda nuestra presencia* puede avivar la esperanza de que el Reino se haga presente. La esperanza es anuncio y anticipo, la esperanza es también misión.

“De este modo la vida consagrada se convierte en una de la huellas concretas que la Trinidad deja en la historia para que los hombres y mujeres puedan descubrir el atractivo y la nostalgia de la belleza divina” (VC 20).

COMUNICADO DE LA PRESIDENCIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL VENEZOLANA

POR LA PAZ SOCIAL Y POLÍTICA DEL PAIS

1. Las elecciones del pasado domingo 14 de Abril han sido una contundente manifestación de la voluntad de nuestro pueblo de mantener la vigencia del sistema democrático tanto en la escogencia de sus autoridades como en la forma de dirimir sus diferencias políticas.
2. Los resultados publicados por el Consejo Nacional Electoral muestran un margen muy estrecho de diferencia de votos entre las dos grandes parcialidades políticas, manifestando así la aguda polarización política que afecta a la sociedad venezolana.
3. La paz social y política del país reclama el recíproco reconocimiento de estos dos sectores mayoritarios del pueblo venezolano, pues el desconocimiento mutuo hará inviable tanto los planes del Gobierno como los aportes alternativos de la otra parte.
4. La oposición ha solicitado al Consejo Nacional Electoral una auditoría del cien por ciento de los votos. Esta solicitud que, en principio, fue aceptada públicamente por el Presidente Electo, no desconoce la labor del CNE. Por el contrario, reforzaría su autoridad moral y daría tranquilidad a la población.
5. Como pastores y servidores de todos los católicos venezolanos, reiteramos nuestro vivo llamado a la convivencia pacífica y a la reconciliación. Esta supone que nos reconozcamos unos a otros como conciudadanos en igualdad de derechos, y recuperemos la capacidad de diálogo y encuentro, superando lo que nos divide. En este sentido, el diálogo entre los dirigentes de las partes en conflicto es un compromiso imprescindible y urgente. La Conferencia Episcopal Venezolana con la única intención de servir a todo el pueblo se ofrece para facilitar este diálogo.
6. En nombre de Dios exhortamos a los líderes políticos y sociales a desterrar el lenguaje ofensivo, denigrante e incendiario. A evitar los enfrentamientos callejeros que suelen derivar en actos de violencia y a veces de muerte. A escuchar la Palabra de Dios *que los invita al diálogo y a la reconciliación* como el camino para la paz social y política del país. (Cf. 2. Co. 5, 20-21).
7. Todos los cristianos estamos obligados a ponernos de parte de los más débiles, a perdonar sin reservas y a luchar para que prevalezca la unión sobre la división, el amor sobre el odio, la paz sobre la violencia y la vida sobre la muerte.

8. La protesta justa y pacífica es un derecho civil que no puede ser conculcado ni reprimido. Rechazamos absolutamente cualquier tipo de violencia. Deploramos los hechos delictivos ocurridos el pasado 15 de abril, y exigimos una investigación imparcial para sancionar a los culpables. Manifestamos nuestro pesar por la muerte de varios ciudadanos y expresamos nuestras condolencias a sus familiares y amigos.
9. Oramos por nuestro querido pueblo de Venezuela. Lo ponemos bajo la protección de Cristo Resucitado y de la Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra. Lo bendecimos de corazón en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Caracas, 17 de Abril de 2013

DIA DE LA VIDA CONSAGRADA: SALUDO DE LA CLAR

A las Religiosas y Religiosos de Latinoamérica y el Caribe:

No puedo dejar de pensar, en este día de la Vida Religiosa, en cada una y cada uno de ustedes, quienes compartimos el mismo don, la misma vocación de seguimiento de Jesús en este estilo de Vida Consagrada. Ahora que el Señor me ha llamado a servir, junto con mis hermanas y hermanos de la Presidencia, en la animación de la Vida Religiosa latinoamericana y caribeña, siento que mi corazón se ha ensanchado, como si me habitara “un inmenso continente” al que quisiera hacer llegar todo mi apoyo y oración.

Más que un mensaje, deseo a través de estas palabras compartir con ustedes una sencilla reflexión, que he orado muchas veces sobre la belleza de nuestra Vida Consagrada, de nuestra hermosa vocación.

Creo en la belleza de nuestra vida consagrada, porque surge y se renueva continuamente de la Fuente del Espíritu, porque ha surgido del Corazón del Padre que nos ha llamado a seguir a su Hijo Jesucristo, para construir su Reino, para apasionarnos por su misma pasión: “que todos los hombres y mujeres lleguen al conocimiento de la Verdad”.

Creo en su belleza porque hace que hombres y mujeres como nosotras/os, vivamos con “Luz en los ojos, Palabra en los labios y fuego en el corazón”, es decir, porque la gracia de nuestra hermosa vocación nos da una mirada, una nueva palabra, una nueva pasión.

Creo en su belleza porque quién como ella sabe “acompañarse”, mirar con pasión y compasión la realidad sufriente, que escucha con respeto a cada persona, se interesa sinceramente por el bien de cada una, sabe estar ahí donde pocos llegan, porque cuida de la vida con ternura, con entrega, con perseverancia, aunque esto suponga la entrega de la propia vida, hasta la misma muerte.

Creo en su belleza porque he visto tantos rostros de religiosas y religiosos desgastados por los años, por la enfermedad, pero plenos de luz y felicidad, rostros convencidos que aquí no lo han visto todo, porque “el ojo no puede ver, el oído no puede escuchar la mente no puede pensar” lo que nos prepara su Amor. Rostros crucificados, muy parecidos al de Jesús, porque ha corrido con fortaleza “la prueba” con los ojos fijos en Él, “el Autor y consumidor” de su Fe. Y dicen que nos vamos pareciendo a lo que contemplamos.

Creo en su belleza, en la belleza de una mujer y de un hombre enamorados de Dios, y por lo mismo, enamorados de la humanidad, de la creación; belleza inigualable, que se gesta en el silencio orante, fiel, perseverante, en esa capacidad de cuidar el amor, el corazón, para que el fuego no se apague y el amor se mantenga vivo y fecundo.

Creo en esa belleza de la Vida Consagrada, que no es de pasarela, sino que va a pie de calle, cotidiana, oculta, pequeña, muchas veces envuelta en modestia, polvo, barro, piel ajada, pies partidos...

Creo en la belleza de la alegría de quien vive libre y dándose, de quien tiene por consigna servir al estilo de Jesús, lavando los pies a cada persona, y que conjuga tan bien el hecho de estar ya sea en una cátedra así como sirviendo la mesa de su comunidad, que puede sumergirse en las grandes teologías y al mismo tiempo entender lo pequeño y cotidiano como lugar teológico.

Creo en la belleza de vivir en comunión, de una Vida Religiosa tan humana que se ejercita continuamente en el perdón, en la tolerancia, en el salir de sí, pues lleva “ese Tesoro en vasos de arcilla”. Creo en la belleza de esta familia que tiene la consanguineidad del Espíritu, y que por eso, la casa donde mora es toda de fuego, es de caridad, es de humanidad.

Creo en la belleza de la Vida Consagrada, no en aquella encerrada en sí misma y alejada, sino en esa belleza que está atenta al mundo, al cosmos, a cada persona humana, para estar evangélicamente, oportunamente, acompañando sus gozos y sus penas, sus noches y sus días, sus luchas y logros, y hasta cambiando y moviéndose de sus lugares para encarnar el amor solidario.

Creo en la belleza de hombres y mujeres que están como centinelas, alertando en la noche la desesperanza, y adelantando el amanecer con su confianza inamovible en el amor de Dios, con su optimismo evangélico, con su certeza de que Dios camina a nuestro lado y que sigue asumiendo y tomando por su cuenta la suerte de los pobres y de todos los que en Él han puesto su confianza.

Creo en la belleza de la Vida Religiosa que camina como discípula y misionera, que no da paso sin escucha atenta a la Palabra, que se desinstala de sus seguridades, que está dispuesta a cambiar, en cuanto el Espíritu se los inspira, sus “como” y sus “dónde”, con fidelidad creativa, recreando su misión y su carisma, llevada por el sople del Espíritu.

Creo en la belleza de la Vida Religiosa capaz de hacer felices a tantas y tantos jóvenes que han encontrado en ella su casa, su espacio ecológico, donde se respira evangelio, mística y profecía, Dios y humanidad.

Creo en su belleza porque se parece a Betania cuando recrea el encuentro, la amistad, las lágrimas de Jesús, la escucha de María, la hospitalidad de Marta, el perfume del amor donado hasta romperse.

Creo, por fin, en la belleza de su inquebrantable esperanza, al seguir de pie en medio de incertidumbres, descalificaciones, debilitamientos, pobrezas, disminución, fragilidad, porque sabe muy bien “en quien tiene puesta su confianza y que Aquel que ha iniciado la obra no la abandonará.

Estamos celebrando el año de la fe, tal vez por eso me salió del corazón este Credo que no solo es anhelo y utopía, sino presente, un presente que se está gestando con fuerza de lo pequeño, de lo germinal, que es capaz de romper la tierra y llenarla de verdor y frutos. “Algo nuevo está naciendo, ¿no lo notan?

Que nuestra Vida Religiosa Latinoamericana y Caribeña siga creciendo en la pasión por Jesús y por la humanidad. Que se deje despojar de todo aquello que la afea, que estropea el Rostro de Jesús, “el más bello de los hijos de los hombres”, de todo aquello que ha desfigurado su belleza al alejarse de la Fuente, al deshumanizarse, al caer en la rigidez, y en lo que más la ha desfigurado: nuestros pecados personales e institucionales que nos llenan de vergüenza y dolor. Que se deje liberar de raíz del aburguesamiento, individualismo, del consumismo, del comodismo, y se embellezca por la Cruz, es decir, por la vida entregada, donada, para que resplandezca en ella el rostro más bello de todos los rostros: el de Cristo Crucificado. Es un anhelo para hoy, un deseo que se está concretizando ya en el presente y que nos impulsa a seguir abriendo caminos de futuros.

Hna. Mercedes Leticia Casas Sánchez, fsp

Presidenta

P. Gabriel Naranjo Salazar

Secretario General

*Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.*

*Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.*

*Para venir a lo que no gustas,
has de ir por donde no gustas.*

*Para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes.*

*Para venir a lo que no posees,
has de ir por donde no posees.*

*Para venir a lo que no eres,
has de ir por donde no eres.*

*Cuando reparas en algo,
dejas de arrojarte al todo.*

*Porque para venir del todo al todo
has de negarte del todo en todo.*

*Y cuando lo vengas del todo a tener,
has de tenerlo sin nada querer*

*En esta desnudez halla el
Espíritu su descanso, porque,
no codiciando nada,
nada le fatiga hacia
arriba, y nada le oprime*

Gastar la vida

Señor Jesucristo,
nos da miedo gastar la vida.
Pero la vida Tú nos la has dado
para gastarla;
no se la puede economizar
en estéril egoísmo.
Gastar la vida es trabajar por los demás,
aunque no paguen, hacer un favor
al que no va a devolverlo;
gastar la vida es lanzarse
aun al fracaso, si hace falta,
sin falsas prudencias;
es quemar las naves en bien del prójimo.

Gastar la vida
no se hace con gestos ampulosos,
y falsa teatralidad.

La vida se da sencillamente,
sin publicidad, como el agua de la vertiente,
como la madre da el pecho a su «wawa»,
como el sudor humilde del sembrador.

El futuro es un enigma,
nuestro camino se interna en la niebla;
pero queremos seguir dándonos,
porque Tú estás esperando en la noche
con mil ojos rebosando lágrimas.

Luis Espinal